

CULTURA



EN PRIMERA FILA

CALIXTO BIEITO

Director de escena

No deja indiferente. El público lo ama, lo odia y lo teme a partes iguales. La polémica le acompaña sin tregua

Está nominado a siete Premios Max, galardones que se fallan mañana, por 'Tirant lo Blanc'

Dirige el Teatro Romea de Barcelona y prepara un 'Don Carlos' de Schiller que estrenará en verano en Alemania

«Tengo fascinación por el abismo»

ANTONIO LUCAS

Calle abajo por Lavapiés, donde el barrio adquiere latido de mundo, está el Teatro Valle Inclán. En la plaza previa hay un trasiego de porteadores, vecinas con pan, *manteros* en la hora del bocata, los nenes desquiciados del pegamento que *lagartijean* bajo el sol, las risas de las chicas haciéndose en los labios un candado de cerveza, terrazas con gente. Es lo castizo vuelto industria posmoderna. Costumbrismo de última hora.

En medio de este trajín algo mellado, Calixto Bieito está dentro de la panza oscura del teatro, en la caja negra del Valle Inclán, repensando sus cosas a media luz, perpetrando algún vértigo.

Llegó de Berlín hace un rato y se vuelve a marchar en dos horas. Es el director de escena más propenso a la bronca y al fervor del respetable, por igual. Es el nuevo salvaje de la escena, el tipo capaz de romper las maromas de la corrección para ponerle a Mozart una sinfonía de trapaperras, tres putas en celo a Verdi, un par de yonquis a una finísima ópera de Strauss –más o menos– y convertir esa menestra radioactiva en un lenguaje de muchos voltios que va más allá del efecto especial y desemboca en radiografía de un mundo –éste– y de una sociedad –la nuestra–. No se trata exactamente de incomodar sino de hacer pensar por vía del estupor, allí donde otros sólo aceptan la morfina de una estampa burguesa.

Es uno de los pocos del oficio capaces de confitar con un vómito de vísceras a un conde fofo en el patio de butacas del Teatro Real de Madrid mientras en escena sucede el *Woozeck* de Berg.

Calixto Bieito habla en voz baja, trae el cráneo rapado, viste de negro, de tiniebla, y tiene maneras suaves, como un trapense criado en las selvas del teatro contemporáneo que hoy habla de amor y de espiritualidad mientras un tenor acompaña sus gorgoritos con los acordes de una sierra mecánica a todo gas.

– ¿Sabes? Con la edad me estoy volviendo más tranquilo. Intento no aislarme. Disfruto de los otros, valoro cada día más lo espiritual, el amor, el arte... Todo eso es mi salvación. Miro el presente, con su falta de valores, con su cobardía, y siento que esta experiencia horrorosa de la actualidad, donde se está dando demasiada cuerda a los intolerantes, traerá un renacimiento en el sentido más amplio del término.

– ¿Será más caníbal?

– No, no. Será más humano a través de la compasión y la piedad. No

podemos aguantar más una sociedad que sólo ofrece eslóganes y marcas. La cultura se ha convertido en eso. Se ha instalado lo superficial, lo gratuito. Es el triunfo del consumo... Somos animales devorándose para sobrevivir al fracaso de nuestras propias estructuras sociales. Nos convierten en chatarra humana. Con 50 años se desecha a gente en las empresas. Es un desahucio salvaje. Vivimos en el centro de una lucha sin cuartel... Y todo esto explotará.

Una embocadura de escenario vacío tiene algo de existencia viuda, de museo de ceniza.

Calixto Bieito está bajo un foco de luz que da sombra. Un cañón casi apagado que lanza un resplandor como una miel que le hace surco en la calva. Aquí mismo despliega el tenderete de sus obsesiones. Su pasión por los clásicos es desbordante. Los lee en clave contemporánea. Los estremece. Y busca en ellos esa

violencia miniada que es el hombre administrando su veneno en el tiempo. Por eso los entiende de ese modo, porque en todo texto auténtico, en todo grito, hay una corrupción de paraísos, una violencia que puede ser contada sin época. Porque el hombre también es un Adán a dieta de manzana y de violencia. Quizá un mono que habla de más.

– Hay quien cree que me paso la vida buscando golpes de efecto para provocar, para ser más feroz que nadie. Es una tontería. Mi formación es absolutamente clásica. Mis referencias están en los grandes autores. Y ellos me ayudan a interpretar las claves de nuestro tiempo. Si mi teatro o mis óperas no son confortables es, sencillamente, porque quieren ser el reflejo de lo que me rodea, de lo que nos rodea: la miseria, la violencia, la mentira... No podemos olvidar que habitamos en una sociedad que cada vez tiene menos mecanismos pa-

Ya lo decía Picasso. Por eso me fascina Shakespeare, porque tiene una impureza mágica. Me interesan aquellas obras que cada día, según quien se acerque a ellas, se van acabando un poco más, sin llegar nunca a cerrarse. Mis espectáculos tienen algo así.

– La belleza.

– Aunque utilice elementos que puedan parecer alejados de un sentido convencional de belleza, sí que estoy en una permanente búsqueda de lo bello. Pero lo que sucede es que el concepto cambia con el hombre y

con el tiempo. Creo, sobre todo, en la belleza del abismo. Tengo una tendencia a la melancolía y una fascinación por el abismo.

Hace unos meses estrenó en Basilea *Lulú*, de Alban Berg, una obra de enorme fuerza política y sexual. Ahora tiene en la Ópera de Berlín *Armida*, de Christopher W. Gluck. Y prepara un *Don Carlos* que

abrirá este verano el Festival Schiller en Alemania, coproducido por el Teatro Romea de Barcelona y el Centro Dramático Nacional.

Calixto Bieito se pasa la mano por la testa pelada. Parece que va a cambiar de tema, pero sigue explicando en voz alta estas cosas suyas.

– Todo el teatro es político. Menos aquel que sólo pretende convertirse

en un artefacto confortable. Hasta Disney es político... Incluso inaceptable cuando despliega esa mirada ficticia y blanda sobre la vida.

Llegó a Barcelona a los 15 años. Allí se educó con los jesuitas. Es un charnego de Miranda de Ebro que se empapó de tramontana en el viaje y pronto comenzó a mirar alrededor con los ojos hechos fiebre. «Me adapté muy bien a Cataluña. De hecho, en mi casa el idioma es el catalán. Pero sé que perteneczo a un territorio más amplio y formidable en lo cultural. Mis referentes son muy españoles, partiendo del surrealismo hispánico, pasando por los pintores ibéricos y muy marcado por la presencia constante de la invasiva imaginería católica. Soy un híbrido absoluto. En lo intelectual y en todo. Vivo una esquizofrenia muy positiva. Pero si tuviera que definirme diría que soy un director occidental con muchas influencias catalanas. A veces me sucede como a Falla: cuando estás aquí no

sientes demasiado español, percibes que en este país queda mucho por hacer; pero cuando estás fuera te reconoces español, sin duda».

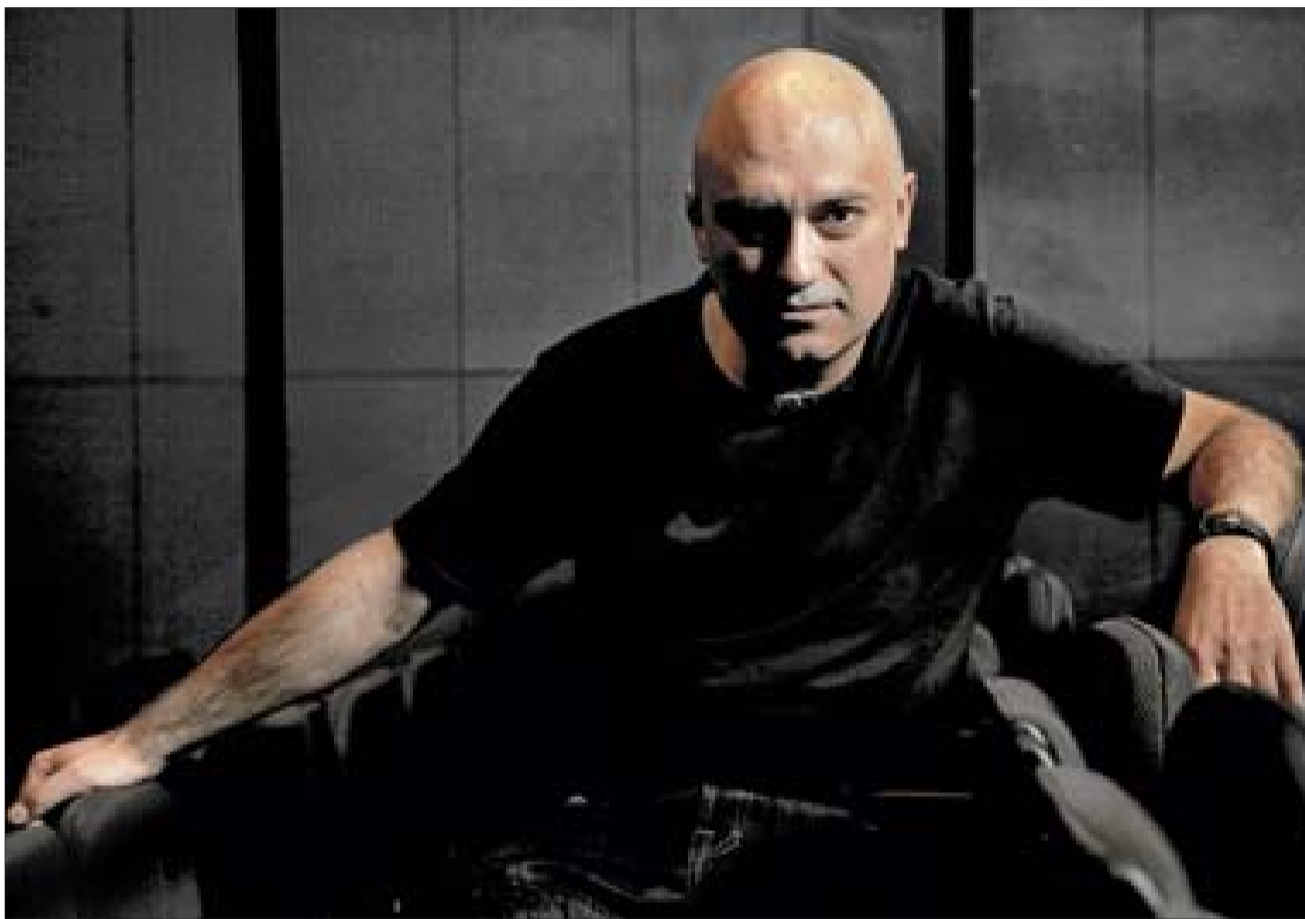
– ¿Imaginas un montaje sin sobresalto del personal?

– Es que me gusta que en mis espectáculos haya emoción, además de invitar a la reflexión. Que uno sienta el riesgo. Perteneczo a una generación de directores que ya no trabajan con el miedo. Yo tengo miedo, muchos miedos, claro, pero me los guardo para mí.

– La libertad.

– No entiendo lo que hago sino es desde el más puro instinto de libertad. A mí de límites no me gusta hablar. Mis únicos límites son éticos. El arte es demasiado hermoso para limitarlo. Desprecio la censura y, sobre todo, la autocensura. Jamás la he practicado, pero sé que existe. Vivimos en una sociedad de autocensura palpable y donde el halago es muy poco exigente. Por eso desconfío de tantas cosas de hoy. Yo me he criado sin halago y soy muy poco dado a la adulación.

Lo dice todo como si estuviéramos en catequesis. Con ese timbre en bajorrelieve de algunos curas o de ciertos poseídos que saben disimular su diablo. Resulta difícil imaginar que este hombre con modales de fraile desconcertado ha pasado media vida evangelizando a hostias los teatros del mundo, sacando a Mozart de su siglo para hacerlo del nuestro sin alterar el acorde ni la verdad del libreto. Dice que sueña cosas muy raras. Y quizá es de ese espiritismo de donde le viene todo esto.



ANTONIO M. XOUBANOVA